

Galindo y los hombres del Cofre

Luis Miguel Gallardo Salazar

En pleno diciembre, iniciábamos el viaje. Unos, los mayores, impulsados por el recuerdo, la nostalgia; otros, nosotros, los hijos de aquellos, motivados por las descripciones que nos hicieran del lugar ("Todo es verde, hasta las piedras y los troncos de los árboles. Cuando hay neblina —casi todo el tiempo— ese verde se pierde en la profundidad. También se pierde la sensación del tiempo. Todo es resbaladizo, y los voladeros son un riesgo enorme"). El viaje se dirigía así al pasado: salimos de Perote, metidos todos en un automóvil de modelo reciente; después abordamos una camioneta con varios años de experiencia en los caminos, al llegar a Villa Aldama nos subimos a una carreta que jalaban dos mulas, de la que descendimos para hacer a pie el último trecho del camino, el más importante.

Nos fuimos internando entre los árboles guiados por mi madre que aseguraba haber estado ahí hacía ya mucho tiempo, y sobre todo por Conchita, la madre de la otra familia que integraba el grupo, que "no hace mucho tiempo" todavía había ido allá. Habíamos caminado más de hora y media cuando notamos los primeros síntomas de inseguridad en nuestros guías. Conchita, sin embargo, nos hacía caminar en una dirección, aunque a los pocos minutos sugería un giro de varios grados. Llegamos al punto en que cualquier dirección era posible.

Conchita no se amilanaba. Recordó entonces lo que podría ser nuestro faro —"¿Cómo no se me había ocurrido antes?"—, y nos pidió que buscáramos tres cruces levantadas; si las encontrábamos, ya casi habríamos llegado. Cada vez que lográbamos ascender alguna colina, oteábamos el horizonte buscando rescatar entre las copas de los árboles la imagen de las tres cruces que nos dijeran: ¡Bienvenidos! Alguien dijo que serían como la de Cristo con Dimas y Gestas en el Gólgota... y seguimos caminando, cada vez sintiendo el destino más y más lejos. Topamos finalmente con la sinuosa carretera que lleva a Las Minas y decidimos hacer un paro temporal para comer y que se convirtió en punto final de nuestra búsqueda. (Las tres "enormes" cruces se habían levantado por tres cristianos muertos en ese lugar. No rebasaban el metro de altura y después de treinta años, la madera en ese ambiente rico en humedad habría sucumbido al ataque de los hongos). Aprovechamos la

lumbre de unos trabajadores que restauraban el camino para calentar unas tortillas, y comimos. Jugamos un rato en un planito y cuando la neblina comenzó a invadir el paisaje decidimos regresar a casa.

Como empujados por las volutas de neblina avanzamos, ahora con la seguridad del destino. Así parecía. Caminamos durante largo tiempo y la distancia se alargaba. Sobre la neblina fue cayendo el peso de la oscuridad haciendo más penoso el avance. Al atravesar Las Ciénegas perdí —¿o fue mi hermano?— una pata del lente y Ruth, mi hermana menor, dejó un zapato, teniendo que cargarla el resto del trayecto. En plena oscuridad, y con la seguridad de que ya debíamos haber alcanzado Cerro de León o algún punto cercano, comenzaron las risas. ¿De quiénes? ¿Por qué? Desde diversos puntos parecían salir esas enormes carcajadas. “Con razón no llegamos. Deben ser los brujos”, dijo mi mamá, al tiempo que nos contaba cómo esas risas perdían a mi bisabuelo cuando salía al campo.

Pero finalmente llegamos a Cerro de León, en donde celebraban ya la segunda o tercera posada. Minutos después llegó, “¡como venido del cielo!”, el carcamán que hacía el recorrido hacia Perote. Pensé que no podía haber camión más viejo haciendo servicio de transporte público, pero comprobé mi error varios años más tarde, cuando volví a ver el mismo camión, pero más viejo, con más ruido y caminando más despacio, haciendo su diario recorrido por esos caminos del Valle de Perote. Pues en ese camión regresamos a Perote.

Y no, en esa ocasión no logramos conocer El Bordo.

Conocí el lugar años después cuando tuve en mis manos el libro de Sergio Galindo.

...Estaba en la cumbre, al bordo de una barranca. Para Esther la primera impresión fue de irrealidad. Sintió que se le daba algo que no podía expresar o retener en palabras, y que esa imagen: esa brecha súbita y profunda de la tierra, esas pequeñas casas apenas perceptibles al otro extremo de las laderas más próximas —casas como puntos o manchas sobre un pasto en todos los tonos del verde matizado por la niebla—, no era sino la imagen de algo ilusorio. Un panorama alucinante, sin límites determinados, por el efecto de la neblina que tornaba engañoso lo que un segundo antes era preciso. El color, la distancia, la profundidad, se movían al ritmo de las gasas de niebla. Algo ocurría allí que parecía no ocurrir en el tiempo.

Sí, ese era exactamente el lugar del que me habían hablado mis padres, y a donde año con año iban como en excursión a traer el paxtle y el musgo para el nacimiento. Quienes hacían ese viaje coincidieron con Galindo en esa sensación de plenitud que da el lugar, apenas comparable al que a

muchos proporciona el choque continuo de las olas contra los arrecifes, o la exuberante espesura de la selva tropical... o tal vez el desierto.

Con la lectura de *El Bordo* me di cuenta de que Galindo hablaba en su novela —después constataría yo que también lo haría en otras—, de lo mismo que hablaban mis padres, mis amigos, mis gentes. Sí, para los hombres del Cofre, Sergio Galindo no es sólo un excelente novelista que ubica su obra en la región de la Gran Montaña, no, Galindo no ubica ahí cualquier relato. El escritor xalapeño habla de nosotros, con nosotros, como nosotros:

Ante sus ojos en línea casi recta, hacia abajo, el sendero se cortaba primero por una pequeña barda de piedras musgosas que demarcaba el principio de la huerta, donde añosos ciruelos, membrillos y manzanas extendían sus retorcidas ramas cuajadas de flor en pleno invierno; por encima de las copas de los frutales —en el espacio que correspondía al jardín— emergían dos nogales cuyo follaje, a lo largo de nueve meses, tapaba la vista de los tejados de la antigua y deteriorada construcción de un piso cuyo frente, un portal, ostentaba en forma desoladora la incuria y pobreza que —a principios de la década de los cuarenta— mostraban casi todas las casas de Las Vigas.

¡¿Cuántas ocasiones he estado en estos lugares?! ¡¿Cuántos hemos estado ahí?!

Galindo es sin duda el gran descriptor de nuestra casa, del valle y la montaña. Al leerlo estamos reconociendo a los nuestros, nos estamos reconociendo a nosotros. Ahí estamos, en sus novelas y en sus cuentos. Y eso, aunque la región haya tenido sus grandes descriptores. Porque los ha tenido.

Muchos autores se han referido también al clima, a la vegetación y a las costumbres de sus gentes. No podemos olvidar, entre ellos, a los viajeros europeos del siglo pasado, el Barón Humboldt y la Marquesa Calderón de la Barca. Pero nunca la región estuvo tan viva como en los escritos de Sergio Galindo. Cada uno de sus cuadros rebota en nuestra memoria reflejándose en anécdota.

Viviendo en Perote, hubiera sido difícil no haber entrado a visitar el penal de esa ciudad, ubicado en la maciza construcción colonial de la Fortaleza de San Carlos que albergara al primer Colegio Militar de la República, al nacer el México independiente. Lo hice tomado de la mano de mi padre. Al cruzar la entrada custodiada por Ferrer y Castel —permanentes guardianes traídos de ultramar en castigo por participar en un duelo de amor— uno sabe que está entrando a otro mundo: la primera ocasión que entré, cuando los carceleros abrieron las pesadas rejas, me impresioné profundamente: ¡Era un verdadero laberinto!

Las primeras impresiones a menudo resultan ser nuestras más claras apreciaciones de las cosas, y esa imagen de la prisión-laberinto aún no se me ha borrado, de manera que muchos años después, ya muerto Sergio Galindo, al acercarme al libro de cuentos *Ese Laberinto de hombres*, y enterarme de que se refiere al penal de Perote, casi siento la tensión de los músculos de mi mano al apretar la de mi padre, cuando traspasaba por primera vez la entrada a ese laberinto. Y siento la electricidad que recorre mi espalda cuando leo los relatos —los relatos nuestros, de la gente del pueblo—, acerca de la celda de castigo —¿la 17?— y de los hombres muertos de la panadería. Y leo a Galindo y escucho el juicio de mi padre: “De cualquier modo, yo creo que son más buenos y confiables los que están aquí adentro que los que están afuera”. Menos de una noche aguantó mi padre laborando en ese laberinto, espantado por el actuar de los que no sabemos si están adentro o están afuera, de los jefes carcelarios.

Galindo habló del Cofre y de sus hijos como nadie lo había hecho. Se refirió a la dureza de su clima y lo describió disfrutándolo. Se refirió al conservadurismo de su gente sin afanes moralistas. Sí, en sus novelas y cuentos estamos nosotros, lo que somos, lo que queremos ser.

Y ahí está también la neblina...tal vez debería haber escrito: La Neblina —con mayúsculas—, pero no es sólo la neblina, es todo el paisaje, el ambiente, que en los escritos de Galindo son un verdadero personaje. Y no cualquier personaje, sino uno de los de primer orden. Cuando Hugo le dice a Esther: “Ahí donde ves la neblina, es El Bordo”, el autor parece estar presentando a uno de los personajes, como cuando la presenta a los hombres y mujeres que ella no conocía todavía. Y a partir de ahí, lo mismo que en otros libros, participa a nivel protagónico. No sólo en los destinos, sino también en las decisiones de los hombres. Rubén Lazcano, por ejemplo, sabía que no podía salir solo, ni por los pueblos, ni por los campos. Prefería esperar que llegara la Neblina para que lo acompañara, y le cubriera las espaldas, y la cara, y todo.

Es cierto, la neblina, o el clima, o el ambiente son un personaje principal en la obra galindiana, y eso lo distingue de muchos otros escritores, mexicanos o no. Pero si queremos hablar de personajes de su obra tendremos que hacer alusión a las mujeres de Galindo.

Sus mujeres son la obra más acabada. No se quedó en la piel de sus cuerpos. Las miró en todos los ángulos y las penetró en la intimidad de sus sentimientos y pensamientos. No es fácil encontrar en escritores masculinos esa facilidad para describir las motivaciones, las actitudes y las decisiones de personajes femeninos. Si me encargaran catalogar a este

novelista, a lo mejor yo le pusiera la etiqueta de *feminista* (perdón a las feministas por si no lo aceptaran en sus filas).

Camerina Rabasa y Otilia Rauda son tal vez los extremos y las cimas de sus personajes, y de sus personajes femeninos. Cada una en su condición personifican el elemento más acabado de esa condición, de ese medio: su contrario, lo que le da vida a la inercia, a la rutina. Y entre ambas, prefiero a Otilia.

Otilia, el personaje de la novela de Galindo, puede ser abordado desde diversos puntos de vista. Es un personaje complejo. Eso le permite la entrada sin trámite a la literatura universal. Otilia captura al lector muy pronto, apenas se inicia la lectura, con ese ser mujer —o incluso ese ser— en un medio hostil, lo que da mayor plenitud a ese ser. Será por eso que me sugiere la canción "Qué será" de Chico Buarque.

Pero de todo esto hablarán muchos y muy profundo. Mi intención es hablar como un hombre del Cofre de Perote que se lee o se siente inmerso en la obra de Galindo. Y hablaba de los personajes, y de su complejidad.

Para nosotros lo importante de este hecho se manifiesta en un sentimiento que no podríamos calificar sino como agradecimiento, porque el maestro Sergio Galindo no se dejó arrastrar por los cantos de las sirenas modernistas metropolitanas y prefirió arraigarse en su tierra. Demostró que es posible ser gran escritor, hacer grandes novelas, sin necesidad de exiliarse en las grandes ciudades.

Sí, Galindo es un escritor de provincia. Es provinciano por su lugar de nacimiento, por su residencia y por su temática. Pero sus obras no se quedan en el costumbrismo. Dicho esto sin menosprecio por esta tendencia. Lo trasciende a través de la creación de personajes que pueden ser vistos desde cualquier perspectiva. Galindo será estudiado por el literato, por supuesto, pero también por el psicólogo, por el antropólogo y por el sociólogo, lo mismo que por historiadores y aún por climatólogos. Por eso Galindo hizo posible la inclusión de nuestra región en el mapa del olimpo literario.

Por esto, para los hombres del Cofre, Galindo es nuestro autor preferido. Pero también al revés, sentimos que Galindo es el autor que nos prefirió. Galindo es nuestro autor, como nosotros somos de él. Conocí El Bordo a través de las letras de Galindo, y también conocí a Galindo a través de sus letras, pues no tuve la fortuna de hacerlo personalmente. Sin embargo soy doblemente afortunado. Sí, primero por ser de los hombres que están en las letras de éste nuestro autor —nuestro con un sentimiento de posesión indudable—: soy un hombre del Cofre. En segundo lugar, por estar ahora trabajando en su Casa, la Editorial de la Universidad Veracruzana, la casa que él construyó. Entonces, veo, siento

a Galindo de una manera que pocos pueden disfrutar: como el escritor que nos descubrió, nos difundió y nos permitió conocernos a través de sus obras, y como el maestro en cuya casa sigo disfrutando de las letras, de la palabra y del hombre.

